

Cretinos y melancólicos

María Delgado

Los diecinueve nuevos cuentos de Quim Monzó nos dejan con la impresión de que podrían ser más, como poco otros ochenta y seis –como los del volumen que así titulaba y en el que este indiscutible maestro de la narración breve reunió casi todos los relatos publicados hasta aquel momento, hace casi una década–. Y digo que podrían ser muchos, muchísimos más porque Monzó es capaz de escribir sobre cualquier cosa –tan trascendente como la eutanasia o la vejez, tan aparentemente nimia como los regalos que se hace una pareja o el insomnio– y provocar en nosotros, al mismo tiempo, una sonrisa y una reflexión.

Considerado por muchos el mejor escritor catalán vivo, maestro de varias generaciones de escritores posteriores, Quim Monzó (Barcelona, 1952) es una excepción en el panorama narrativo español pues, desde sus comienzos, a pesar de que también ha publicado novelas y guiones, apostó por el cuento como forma de expresión en un país en el que –a diferencia de los países anglosajones o Iberoamérica– no existe apenas una tradición del relato corto sin que suponga un mero camino hacia la novela, revestida por lo general de mayor prestigio.

«Mil cretinos» es el insulto que le dedica la madre anciana del protagonista de uno de los relatos a todos los médicos y a la gente de su alrededor. Monzó lo elige como título y juega con la ambigüedad: «¿sólo mil?» cabe preguntarnos. Seguramente también en este caso son muchos, muchísimos más, pues tras la lectura de estos relatos al lector le queda la sensación de que un cierto cretinismo generalizado flota en el ambiente, y quizá la duda, sobre si no formaremos también nosotros parte del mismo.

Quim Monzó: *Mil cretinos*. Anagrama. Barcelona, 2008.

Esta habilidad de Quim Monzó para señalar el absurdo de la vida humana que se evidencia en muchas de nuestras actitudes cotidianas con las que nos es tan fácil identificarnos; esa capacidad para construir, con escasos materiales, relatos llenos de humor –un humor muy negro en algunos casos– y teñidos de melancolía, constituye la música de fondo que se escucha en sus cuentos: una melodía hecha de notas desnudas, de prosa sin adornos, tan deliberadamente desprovista de estilo que convierte la misma ausencia de ornamentos en una forma de narrar propia y reconocible, un estilo-ausencia de estilo. De esta forma, la sencillez de la prosa enmascara, sólo aparentemente, una complejidad que aflora gracias a la complicidad inmediata que Monzó tiene el don de establecer con sus lectores.

Mil cretinos llega seis años después de su última recopilación de relatos, *El mejor de los mundos*, en el que ya abordaba temas como la degradación física o la muerte, aunque lo hiciera siempre desde la ironía. La razón la ha explicado en alguna ocasión el propio Monzó cuando, al reflexionar sobre su escritura se da cuenta no sólo de que los elementos autobiográficos son una constante en su literatura, sino que además sus cuentos van un poco más allá y constituyen, en conjunto, una especie de crónica de una época; de una ciudad, Barcelona, reconocible en cada historia aunque el autor evita los nombres de localizaciones concretas; y de una vida, la suya, en la que si hace veinte años los días, y, por tanto, los cuentos, estaban llenos de bares y vida nocturna, en los últimos tiempos ha pasado por experiencias duras como la muerte de amigos cercanos –vivencia que recrea en el cuento *Dos sueños*–, o la de ocuparse de unos padres ancianos –dos de los cuentos «El señor Beneset», y «La llegada de la primavera» están ambientados en un geriátrico–.

El anciano que se traviste en la residencia geriátrica frente a la mirada de su hijo; el escritor que abomina de los cuentos breves mientras escribe uno; el hombre obsesivo que mira por la ventana; un amor que se rompe por miedo a la rutina y acaba siendo condenadamente eterno; la viuda que quiere borrar las huellas de su marido y empieza por tirar su ropa y los muebles, sigue arrancando los azulejos y termina por estirar su propia piel para des pellejarse; la maldición que un fan pesadísimo puede suponer para

un escritor; una pareja de ancianos que inventa formas para morir...

Los diecinueve relatos de *Mil cretinos* aparecen divididos en dos partes, una primera compuesta por historias más largas y con mayor carga autobiográfica, y una segunda parte de relatos más cortos, planteados como escenas, más cercanas a los cuentos que integraban los volúmenes *El porqué de las cosas* o *Guadalajara*. Pero en todos ellos Quim Monzó se plantea la ficción como una forma de observar la realidad, un espejo que, del mismo modo que ocurre a veces con los sueños, refleja y descubre esos rincones por los que pasean sus fantasmas cruzándose, seguro, con alguno de los nuestros ©